



# POSTHUMANIDAD Y POSTMORALIDAD: UNA APROXIMACIÓN

GABRIEL BELLO REGUERA

1.- El subtítulo de este breve ensayo –“Una aproximación”– obedece a que las dos palabras del título son significantes vacíos al carecer de un significado claro e identificable carencia que se acentúa en la relación entre ambas. Esta relación –como sus dos elementos– no es algo que exista ya y pueda ser *descrita* tal como “es”, de forma más o menos verídica, sino algo que sólo puede ser *construido* en términos lingüísticos. Este constructo es el que debería clarificar la relación en juego y, por lo tanto, ser *aquello* a lo que este ensayo debería aproximarse.

En las dos palabras en juego, “post/humanidad” y “post/moralidad”, el prefijo “post” desempeña un papel decisivo. En sí mismo, este prefijo posee un significado sencillo, *después o después de...*, abiertamente temporal, sobre todo en correlación con otros adverbios de tiempo como *antes* o *ahora*. Entre los tres ponen en juego el futuro, el pasado y el presente. Pero unido a palabras como “humanidad” o “moralidad” la temporalidad se complica. “Después” o “después de...” no apunta solamente a un tiempo posterior al presente de la humanidad y de la moralidad, sino también de *aquello* que sucederá u ocurrirá (¿advendrá?) en esa posterioridad. El tiempo nunca está vacío. Sea *lo* que sea, será *diferente* de la humanidad y de la moralidad y *mejor* o *peor* que ellas. La diferencia implica un juicio ontológico: *ser* una cosa u otra, etc.; y ser mejor o peor presupone un *juicio de valor* que implica a la ética, ya que anda por medio la moralidad.

Como se habrá intuido, esta densa y compleja significación que abre el prefijo *post* se diversifica en varias dimensiones: una temporal, otra ontológica o realista, una tercera axiológica o valorativa y una cuarta ficcional, que absorbe a las otras. ¿Cómo hablar con sentido de la realidad de algo que todavía *no es* o no existe, como ocurre con la posthumanidad y la postmoralidad, así como con la relación entre ambas? ¿De qué modo podemos valorarlas en términos

positivos o negativos, a cada una en sí misma o en relación mutua? Únicamente recurriendo a la *ficción* de ese futuro inexistente: el de la posthumanidad y de la postmoralidad. Dicho de otro modo: construyendo una posthumanidad y una postmoralidad *ficticias* que nos permitan hablar, en términos ficticios, de su ser y de su valor, igualmente ficticios o ficcionales (míticos o imaginarios). Puede tratarse de ficciones construidas a partir de realidades tecnológicas, pero ficciones al fin y al cabo. Productos de la imaginación mitopoiética, una figura lingüística bien conocida en nuestra cultura a través de las mitologías, la religión, la literatura y el arte en general, las utopías políticas y la ciencia ficción.

2.- El tiempo del discurso posthumanista es el futuro y su significado es ficcional o ficticio, pero capaz de producir *efectos* en el presente: en sus destinatarios actuales. En ello consiste su significación pragmática: su capacidad de *hacer cosas* con las palabras que pone en juego. Y esto suscita la sospecha de que acaso el imaginario posthumanista está más interesado en el presente real al que se dirige que en un futuro irreal de que habla. Este futuro posthumano, ficcional o mítico, no es la primera vez que aparece en el horizonte de la humanidad que, como tal horizonte, siempre se aleja. Ya pareció en otros tiempos, pasados, a los que me referiré más adelante.

Esta duplicidad de tiempos avoca al significado ontológico de la diferencia entre la humanidad y la posthumanidad. O bien entre el presente *real* de la primera, y el futuro *irreal* de la segunda. Lo que ahora algunos imaginan o “fingen” con la expresión “posthumanidad” es una vida distinta de la humana. Una vida *artificial*, cuya aparición es debida al desarrollo evolutivo de la tecnología en dos de sus versiones más avanzadas, la biotecnología y la tecnología informática y computacional. Dicha evolución propicia que en un momento dado, esas tecnologías se independicen y autonomicen respecto de la humanidad y sean capaces de formar y vivir su vida de forma autónoma y libre, incluida su autorreproducción tecnológica o artificial.

Esta especie viva, artificial y autónoma, constituirá cuando suceda una entidad real distinta de la encarnada por la especie humana y dará lugar a una ontología –teoría de la realidad– diferente de la humana. Esta es *natural* y, a la vez, *artificial*. Natural por ser efecto de la evolución biológica y artificial por serlo de su propia acción cultural sobre sí misma. El punto de unión de estas dos efectualidades o causalidades –la natural y la cultural– es la intercorporalidad humana, substrato bioorgánico, material, de la socialidad y su condición significativa y comunicativa en sus diversas expresiones culturales y tecnológicas.

Por su parte, la ontología posthumana –que para los posthumanistas está “a llegar”– será únicamente artificial, efecto exclusivo de la tecnológica posthumana, una vez desprendida o desconectada de cualquier conexión con la mezcla humana de artificialidad y naturalidad. En esta desconexión radica la diferencia ontológica posthumana: el abandono del cuerpo bio-cultural, natural y artificial, que será sustituido por un cuerpo tecnológico, únicamente artificial. Un cuerpo sin mezcla con la biología natural. Puede tratarse de un robot o de un sistema interrobótico, pero también de un sistema de ordenadores interconectados al estilo de la red denominada Internet. Con dos diferencias radicales. Una, que cada ordenador constituirá por sí mismo una inteligencia artificial que supera todas las capacidades de un cerebro humano. Y otra, que el conjunto de esos ordenadores superinteligentes será un sistema igualmente autónomo, similar a Internet desprendido de sus usuarios, capaz de activarse y actuar por sí mismo y desde sí mismo, de programarse, reprogramarse. Y de reproducirse.

La aparición de esta megainteligencia artificial será el efecto imprevisto y sorprendente del desarrollo acelerado e imparable de la biotecnología y, sobre todo, de la tecnología computacional humana. Esa aparición ocurrirá como la irrupción explosiva de la posthumanidad como *singularidad* ya que será única, novedosa respecto a todo lo conocido por los seres humanos, incomparable con ellos y, por supuesto, irreductible a ellos. Por eso hoy por hoy es inconcebible inimaginable para cualquiera. Y, desde luego también será *superior* a todo lo que tenga que ver con la humanidad y los seres humanos.

3.- En este punto entra en juego el del significado axiológico o valorativo de la relación entre posthumanidad y postmoralidad mencionado al comienzo: en la confrontación entre la *superioridad* posthumana y la *inferioridad* humana. Esta diferencia es susceptible de ser interpretada al menos de dos formas. Una, en términos de poder causal o activo: el de la posthumanidad será *mayor* o más eficiente que el de la humanidad que, por lo tanto, quedará resignificado como *menor* o menos eficiente en términos de inteligencia. La inteligencia artificial posthumana será capaz de una causalidad, agencia o eficiencia, de mayor alcance que la humana, sobre todo en términos tecnológicos. Y una segunda en términos de calidad o valor: la posthumanidad será *mejor* o *más valiosa* que la humanidad que quedará redefinida como *peor* u *menos valiosa*.

Esta diferencia axiológica o valorativa llega a su climax cuando el imaginario posthumanista la representa como moral. Siendo rigurosos, la

moralidad es propia de la humanidad, y su transferencia a la posthumanidad debería transfigurarla en postmoralidad, sea cual sea su redefinición. Pero el asunto no es tan sencillo ya que puede resultar contradictorio. Por un lado, la posthumanidad aparecerá en el marco de la ética evolutiva, según la cual lo más evolucionado o más innovador es moralmente mejor que lo menos evolucionado o más antiguo. De lo cual se infiere que la posthumanidad será, cuando aparezca, moralmente mejor que la humanidad, o que la moralidad posthumana será mejor o más valiosa que la humana. Por otro lado, en cambio, la misma evolución que la produce o efectúa hace imposible que la posthumanidad sea moral. Si lo fuera, perdería su diferencia con la humanidad y, con ella, su singularidad, su unicidad, su incomparabilidad, su irreductibilidad, etc., efectos del progreso evolutivo. Por lo tanto, la posthumanidad sólo podrá ser postmoral.

Hay otra razón de igual peso. El mismo proceso evolutivo, hace que la posthumanidad aparezca cuando la inteligencia artificial se haya desprendido de la naturaleza humana biológica humana: del cuerpo y la intercorporalidad. La moralidad está estructuralmente vinculada a ambos: a su fragilidad, a su vulnerabilidad, su precariedad y su finitud, como una estructura protectora de condición sociocultural. En ausencia de ambos –del cuerpo y la intercorporalidad– la moralidad desaparece y la posthumanidad ya no puede ser moral en el sentido humano del término. Únicamente podrá ser postmoral en un sentido desconocido para nosotros, signifique lo que signifique esa palabra y tenga las consecuencias que tenga. Tan desconocido como la posthumanidad misma. La aparición evolutiva de la moralidad significa la diferencia entre la humanidad y la animalidad y, en esa línea, la aparición de la postmoralidad significaría la diferencia evolutiva entre la humanidad y la posthumanidad.

4.- Ahora bien, ¿qué significado o qué valor se podría atribuir a la postmoralidad posthumana desde la perspectiva humana en la que nos encontramos? ¿Es posible algún tipo de atribución de valor a algo desconocido e inimaginable como la posthumanidad? Creo que el imaginario posthumanista proporciona una pista cuando sugiere que la posthumanidad será la realización del *perfeccionamiento* de la *imperfección* humana en todas sus manifestaciones. Ligadas a la corporalidad y a la intercorporalidad orgánicas que son, precisamente, las que justifican el surgimiento de la moralidad y, a la vez, le transmiten su propia precariedad y fragilidad. Estoy hablando de la labilidad emocional, la agresividad y otras emociones negativas, el error moral, la limitación o discapacidad mental o física, la impotencia de cualquier tipo, la enfermedad, la insuficiencia energética,

la mortalidad y la finitud. Todo ello quedaría *superado* por la posthumanidad que, de este modo, constituye un rescate tecnoevolutivo de la finitud y la mortalidad humanas.

Llegamos, así, a la ficción de la *salvación* de la humanidad a cargo de un poder posthumano *superior, mayor y mejor*, situado en un futuro indeterminado e incierto, pero cuya llegada o advenimiento se da por seguro. Esta ficción salvífica ha recibido diversos nombres como “Gran Relato de Emancipación”, que narra la liberación final de la humanidad de todos los males que la han aquejado a lo largo de su historia. O “Milenarismo”, que ha sido descrito del siguiente modo:

“... se ha tendido a dar el nombre de milenarismo a toda doctrina de *salvación que concibe esta como colectiva, terrestre, inminente, total* (conducente a la perfección) y *milagrosa* (conseguida con la ayuda de medios sobrenaturales)”<sup>1</sup>.

Esta cita proporciona una pista importante sobre el imaginario humanista. Por un lado, constituye la versión más reciente del milenarismo salvífico después de las religiones de la Antigüedad y la Edad Media –que todavía gozan de una vigencia vigorosa– y las utopías de la Modernidad, la última de las cuales –la comunista– caducó entre 1989 y 1992, con la caída del Muro de Berlín y el desplome de la Unión Soviética. El discurso posthumanista retoma, la antorcha del milenarismo y su discurso salvífico a cargo, ahora, de una versión tecnocientífica. Y cuando hablo de tecnología científica me refiero a la tecnología informática y computacional pero también a la biotecnología.

Esta sería una versión posible de la postmoralidad: la época o era en la que la moralidad ya no hace falta porque la humanidad ha sido redimida por la posthumanidad. Pero hay otra que también surge de los milenarismos clásicos –el religioso y el y utópico–. A día de hoy los imaginarios religiosos y utópicos se han quedado en eso: mitologías o ficciones utópicas y ucrónicas. Ni el cielo ni la sociedad comunista se han hecho ni se harán realidad, pero en su nombre se han hecho reales cambios éticos y políticos significativos en la conducta humana. Cambios que, sin embargo, quedan a mucha distancia del cielo y de la sociedad comunista. Desde esta perspectiva, el discurso posthumanista sería un fraude desde ahora mismo: simula ser lo que no es y disimula ser lo que es. Simula ser un discurso que garantiza la salvación de la humanidad presente, en su conjunto, transformándola en una especie nueva y más perfecta por métodos tecnocientíficos. Y disimula ser un discurso colaborador de la maximización del

beneficio económico de la oligarquía global y de sus consecuencias desiguales y excluyentes.

El discurso posthumanista opera, de hecho, como la publicidad de la mercancía tecnocientífica, vendida como garantía del perfeccionamiento humano que no habría logrado ni la religión ni la política. Y digo “vendida” porque la imagen de un tiempo tecnológicamente “nuevo”, en relación con los tiempos nuevos de la religión y de la utopía, es construida y difundida por las corporaciones económicas dedicadas al desarrollo de las tecnologías de la información y la computación que también venden como inevitable e imparable Corporaciones que hoy figuran entre las más rentables del capitalismo global como Google, Apple, Facebook, etc.<sup>2</sup>.

## NOTAS

<sup>1</sup> Juan Aranzadi, *El milenarismo vasco. Edad de Oro, etnia y nativismo*, Ed. Taurus, Madrid, 2000, p. 40. Lo sobrenatural está aquí en el abandono de la naturaleza biológica por parte de la inteligencia artificial. La sobrenaturalidad espiritual o celestial habría sido sustituida por la sobrenaturalidad artificial.

<sup>2</sup> En el diario *El País*, del día 30-1-2016 apareció una columna de opinión de Evgeny Morozov, titulado “¿Un robot para cada persona mayor?”, en el que se denuncia la publicidad, desde Silicon Valley, de sustituir los cuidados a las personas mayores proporcionados por humanos, por robots con el argumento de que son más eficientes tecnológicamente. Con ellos, “el problema de la vejez se habría resuelto” a cambio de “algo tan solitario y alienante que no merece realmente llamarse “vida”. Entre tanto las grandes empresas maximizan sus beneficios.